

y con sus manos endebles, capilares, indecisas,
de un sólo tajo incongruente degüella la rutina,
triza una bolsa del supermercado más próximo
o taladra un pellejo de vino pálido.

Sigue enamorada de un hombre extraordinario
que ya no está entre nosotros,
por eso su amor se convierte en un dolor sin vacunas,
por eso se hace mariposa de tela en los estuches
y vaga por los incunables
libando verbos esdrújulos con su saliva seca.

Huele a plantas medicinales y a infusión perpetua,
a almendras que se estrujan sobre campos de obsidiana...
y no sé de dónde saca los mitones
y esas prendas de otro siglo que luce en los retratos.
Se vuelve loca cuando se disfraza de otoño
y entonces hila palabras con una escofina demagógica
en un argot decadente.

Se sabe de memoria todos los libros de Robert Graves:
de hecho los lleva fotocopiados en miniatura
en el desván de su retina
y en un milisegundo puede encontrar el fragmento que busca
y señalarlo con una pestaña.

Es poeta sin pretenderlo,
casi por naturaleza, casi sin querer,
como son alondras algunos pájaros
por el mero hecho de nacer en determinados nidos,
como una cosecha sale excelente
tras una conjunción de irrepetibles,
como la magia elige sin proponérselo
un verso de Rilke en un mar de versos...

La ponen las citas y los balandros:
las citas ciegas de escritores malditos, por supuesto,
los balandros inútiles que se hunden en un lago escarlata.